

EN la puerta le hizo la última advertencia:

—Viejo, tené cuidado, eh?

El entendía y le fastidiaba de que lo tratara así, como a un niño indefenso, pero procuraba ocultarlo. Doña Fina le sacude las solapas, le da unos tironcitos del saco, cosa de ajustarlo bien al cuerpo, lo mira de pies a cabeza, orgullosa, como si fuera obra suya. Todavía espera que se aleje unos pasos para observarlo de atrás:

—Viejo: ¿llevás el pañuelo?

Don Albornoz va a cobrar su pasividad y ella sabe que hay buenos motivos para estar preocupada. Hace quince años que se ha jubilado; un par de años atrás, todavía era aquel un día de gloria y la viejita lo evoca, al regreso, con la infaltable bandeja de masas y dulces, el pasete empacado, el cuerpo erguido, bien característico del que anda con plata en el bolsillo. Pero de un tiempo acá... Claro: los años no pasan en vano! Lo ven avejentado, cándido, sin carácter...

—¡Pobre mi viejo! ¡Qué poca suerte tiene!

EXCEPTUANDO ese día fatal, el resto del mes viven una existencia sosegada, lisa, sin sobresaltos de ninguna clase. Entre ellos, jamás un sí ni un

no, porque en casa es el hombre quien lleva los pantalones y ella es una mujer chapada a la antigua. En su tiempo todas eran así; su misión consistía en escuchar y obedecer, que para eso el varón ha ido a educarse y aprender en la vida. Pero hoy las mujeres se meten en todo, porque ellas también llevan pantalones. ¡Se meten en todo; son medio poetas o qué se yo! ¡Si viviera su padre le iban a venir con mojíngangas, sí, esperate! El siempre decía que el saber escribir en la mujer, no servía más que para andar con cartitas a escondidas y secreteos con los machos. A la finalidad Orlanda, que Dios la tenga en su santa paz... Era tremenda mujerona... Linda muchacha ella, alta ella, rubia... ¡Bien Aguilar ella! ¡Y tenía un cutis! ¡Qué cutis! Nunca vió un cutis

MEMORIAS DE UN JUBILADO

POR EL HACHERO

como ese, mejorando lo presente. A la Orlanda casi más la curte a lazo porque la encontró leyendo unos

LO PUDIERON HABER DICHO:

"tres esperanzas
tuve en mi vida:
dos eran blancas
y una punzó"...

NARDONE

"¿me da su per-
misó, señor Co-
misario?..."

**LOS DE HOC-
QUART y PAU-
LLIER.**

"las pruebas de
la infamia las
traigo en la male-
ta"...

ARIZTI



—Estamos plenamente orgullosos de su posición frente a los bienes terrenales...

papeles... ¡Vaya a saber! Ahora una cosa: jamás le puso la mano encima a las hijas mujeres; podía decirlo con orgullo. Pero entonces estaba el maniador que ¡ese sí no era juguete! El varón de su época también era franco, íntegro, cabal; llegaba el fin de mes y ahí ponía el sobre encima de la mesa, con todo el sueldo, sin tocar un vintén. En cambio, de un tiempo acá, el pobre Albornoz no tiene suerte ninguna. ¡Seguro! los años pasan y siempre hay aprovechadores y malentrenidos, que otra cosa no se les puede llamar.

SERRANO/BROADWAY LAUGHS



—Me quiere... no, me quiere... me quiere...
no me quiere...

(X) DIA DE PAGO

El mes pasado, un suponer, por estos mismos días, don Albornoz se apareció completamente borracho, perdonando la expresión. Se encontró con los compañeros de la cochería y, festejando, una copa va y otra viene!... El hombre no es de fierro, ¡el pobrecito!, y llegó muy pasada la media noche; ella se fijó en el reloj. El otro mes fue peor: fue el guarda, ¡porque hay cada sinvergüenza! El tipo protestó que no y que no, que le había dado el cambio justo y que esos veinte pesos los habría perdido, y todavía tuvo la insolencia de llamarlo "viejo taquera". ¿Se habrá visto cosa igual? Ella no sabe qué está pensando el gobierno. Y menos mal, todavía, que no le ha pasado nada grave al pobre Albornoz, con lo confiado y bondadoso que es, que es una verdadera alma de Dios, sin despreciar a nadie. La plata, al fin y al cabo, lo que no se va en lágrimas se va en suspiros —como muy bien lo dice Albornoz,— y mal que mal uno va arreglándose. La otra vez, unos antipáticos lo siguieron desde la Caja, lo que lo vieron con plata, y el pobre Albornoz para evitarle un disgusto a ella, tuvo que andar a las vueltas y vueltas y llegó a la casa a la una menos diez. ¿Dónde se ha visto?

Lo peor, sin embargo, fue cuando cobró... ¿A ver? Sí, digo verdad: cuando cobró noviembre. El cajero, el propio empleado, ¿se da cuenta? ¡Mire qué fundamento de funcionario!

Doña Fina se apresta a relatar esta nueva contingencia, pero un sentimiento de honradez impulsa a Pechoetala a adelantarse:

—Pero mire doña que... no vaya a ofenderse, pero los hombres somos todos medio diablos!

Considero que mi amigo comete una torpeza, que no tiene derecho a darle ese golpe mortal a la credulidad y la fe de la buena mujer. Pero lo advierto demasiado tarde, cuando ya ha hablado y no puede volverse atrás. La viejita, no obstante, comprensiva, bondadosa, sin poder ocultar la emoción que la embarga, dice calmamente.

—Es lo que yo siempre le digo al pobre mi viejo: que ande con mucho cuidado porque el mundo está lleno de sinvergüenzas y mentirosos!



NADIE LO DISCUTE. ES UN GRAN MEDICO. SU FAMA SE
EXTIENDE YA AL OTRO MUNDO.